

Instrucciones para destruir la realidad

Óscar de la Borbolla

Óscar de la Borbolla, Instrucciones para destruir la realidad, Patria - Nueva Imagen, 2003

1. SUICIDIOS NOVEDOSOS
2. EL CURRÍCULUM AMOROSO
3. MATRIMONIO POR INJERTO
4. CONSEJOS A LOS SOBREVIVIENTES
5. ESTABA GUAPÍSIMA
6. ¡VOLVIÓ DE LA MUERTE!
7. LA SOCIEDAD PERDIDA
8. TRASPLANTES DE CEREBROS
9. EL MUNDO DE LOS SUEÑOS

SUICIDIOS NOVEDOSOS

La Asociación Solidaridad con Otros (ASCO), conocida agrupación de orientaciones filantrópicas, ha publicado las bases para el Concurso Nacional de Suicidios Novedosos en los géneros individual y colectivo. El tradicional certamen, que año con año arranca del anonimato a un puñado de personas de muy diversa índole y extracción social, trajo a nuestra memoria los hechos que originaron la peculiar asociación y nos recordó también a algunos ganadores de notable ingenio.

ASCO se fundó a comienzos de 1969, cuando un conjunto de miembros del Partido Ultraecologistas Sanos (PUS) planeó su renuncia masiva, dado que los dirigentes del comité ejecutivo se negaron a repartir entre los afiliados unos filtros nasales que impedían expeler el bióxido de carbono que, como es sabido, arroja el hombre al respirar. Por aquellos días, el aire metropolitano aún se mantenía cargado de las polvaredas que había levantado la persecución de las manifestaciones estudiantiles acaecidas unos meses antes y, frente a la alarmante polución, se volvió incomprensible la falta de apoyo de la directiva de PUS a tan altruista medida. Aquello ocasionó la generalizada dimisión y el clima propicio para que naciera ASCO. Los disidentes redactaron la declaración de principios de la naciente asociación y, disfrazados de colocavidrios, fueron los primeros en recuperar las calles como escenario de protesta, lo más sutil de las protestas, porque, como, en efecto, paseaban con espejos a modo de pancartas para denunciar, sin alteraciones o apasionamiento, el estado del país. Ahora los lemas y consignas del acta constitutiva de ASCO pertenecen al dominio popular. Citemos, no obstante, los menos difundidos: “Queremos nubes de agua electropura”, “Por ver el más allá” y “Empaqueten el humo”.

Entre las acciones emprendidas por ASCO destaca el Concurso de Suicidas, pues no sólo ha contribuido a disminuir el número de los seres que contaminan, sino que ha fomentado una de nuestras mejores tradiciones autóctonas al reforzar nuestra identidad de pueblo macabro. Con este concurso se han recuperado figuras como la Coatlicue y, muy especialmente, la de la diosa maya del suicidio, la bella Xtabai. La imagen que tenemos de nosotros -que en los campos de la ciencia y la tecnología resulta tan pobre- se eleva agigantada no sólo en el marco nacional, sino en el plano internacional. Este concurso ha permitido la exportación de métodos y procedimientos suicidas que tienen asombrado al mundo.

El Premio 1972 fue el primero en atravesar las fronteras cubriéndonos de gloria. Como se recordará, el triunfador se valió de una técnica que marcó el inicio de una nueva era en los suicidios: una forma revolucionaria frente a la cual los venenos, las sogas, los edificios o los puentes, esos procedimientos gastados y convencionales empezaron a verse como resabios de épocas primitivas. Así, en 1972, el heroico Pablo Reyes propuso y ejecutó, para admiración de todos, esa sencilla y extraordinaria forma de quitarse la vida que consiste en tragarse un anzuelo anudado a un cordel, al que media hora más tarde se jala con todas las fuerzas para sacar por la boca un músculo rojizo que los expertos suelen identificar como el corazón. Cuánta economía de recursos demostró Juan Gómez en 1981, al colocar una bala calibre 38 en el orificio del oído y darse un martillazo. Y qué decir del Premio 1976

que adaptó un destapador eléctrico y se trepanó el cráneo en una cocina llena de latas de atún y de duraznos en almíbar: “Para la cena”, escribió a su mujer en la nota de despedida.

En fin, gracias a este concurso, han surgido verdaderos artistas, técnicos y profesionales de la muerte que, igual construyen un complicado mecanismo que succiona el agua del cuerpo hasta momificarlo, que aparatos electrónicos con los que se contrarrestan, sin ningún desperdicio de energía, los impulsos cardíacos, o máquinas simples en las que se pone la cabeza en medio de dos taladros previamente ajustados para que las brocas lleguen a tocarse; por no abundar ya con los que se disfrazan de conejos o de brujas y acuden con gusto esperanza a las cacerías.

Como miembro fundador de ASCO, me complace difundir la convocatoria del XVII Concurso Nacional de Suicidios Novedosos:

Bases

- 1.- Podrán participar todos los suicidas residentes en la República mexicana.
- 2.- Los concursantes deberán *enviarse* a Asociación Solidaridad con Otros (ASCO), Avenida de los Insurgentes 719, México, D.F.
- 3.- El concursante deberá traer en la muñeca derecha una plaquita amarrada, donde figuren los datos de su identificación.
- 4.- El jurado calificador estará integrado por médicos forenses de reconocido prestigio, cuyos nombres serán dados a conocer con oportunidad.
- 5.- Los derechos para efectuar la primera autopsia serán propiedad exclusiva de ASCO.
- 6.- Los gastos de mortaja y embalsamiento de los ganadores correrán a cargo del Comité Organizador.
- 7.- No se devolverá ningún cuerpo y el fallo del jurado será inapelable.
- 8.- A los tres primeros lugares se les obsequiará, además de diploma, ataúd cromado, caja de ocote y bolsa de plástico respectivamente.
- 9.- El número de menciones lo determinará el jurado, y el premio consistirá en un pase para ocupar alguna vacante en las mejores fosas comunes del país.
- 10.- El nombre del ganador del primer premio reemplazará, en caso de poder obtenerse el permiso de las autoridades correspondientes, el de la Avenida Barranca del Muerto, a fin de suprimir ese anonimato inquietante.

EL CURRÍCULUM AMOROSO

En nuestra sociedad credencialicia, el individuo vale de acuerdo con el número de hojas que abarca su curriculum: poco importan su saber y su experiencia si no están avalados por documentos, si no tienen manera de acreditarlos con certificados. Uno es lo que dicen los papeles: extraviarlos equivale a perder la identidad, a carecer de fundamento; es necesario que la verdad acerca de nosotros esté certificada, y esto llega a tales extremos que, de hecho en México, la realidad se fabrica en las imprentas y un demiurgo la expide oficialmente: uno es docto cuando posee título de doctor; uno sabe manejar cuando tiene licencia; uno es, cuando puede probarlo, cuando enseña la fotocopia del diploma que dice: Fulano de tal es. El peso ontológico de los papeles determina que quien desee ser alguien debe, más allá de afanarse en conquistar una auténtica solidez, emplear toda su energía en conseguir cartas de recomendación, diplomas, comprobantes, credenciales, cartoncitos con sellos y firmas y, sobre todo, títulos. Vivimos en un mundo de apariencias, donde quien más documentos posee inclina la balanza a su favor y, claro, se piensa que este sistema absurdo opera con justicia, ya que es tan fácil obtener las constancias que quien no cuente de menos con un kilo en su haber es por fuerza un inepto.

No voy a discutir si el saber real y la larga experiencia son superiores a la fachada refulgente con la que nos inviste un título, pues, por un lado, comprendo que es inútil: todas las sociedades primitivas donde rige, como en la nuestra, el pensamiento mágico, son nominalistas; y por el otro lado, comprendo que es suicida: para qué pretender reducir el valor de los papeles: si con alguno curan los médicos - aparte de con la sugestión que nos provocan su jerga incomprensible, lo blanco de sus batas de brujos esotéricos y sus precios- es con el influjo benéfico de las cuatro docenas de diplomas con los que tapizan sus consultorios. Para qué socavar la validez de los documentos: en las escuelas terminarían de desatarse la confusión si los profesores no se destacaran de los aprendices por el título. En fin, creo que el credencialismo lejos de ser un mal, es lo que aún mantiene cierta dosis de orden en México: si las constancias perdieran de pronto su valor, nos hundiríamos en el caos de lo indiferenciable.

Por eso me alegra que el credencialismo, por fin, haya llegado a una de las esferas de la vida en que se habían mantenido al margen: el amor. Hasta hace poco, elegíamos pareja, nos entregábamos o nos amarrábamos al cuello una soga letal sin dar ni recibir un curriculum, y esto era la causa de muchísimos desenlaces lamentables. El otro, ciertamente, nos contaba parte de su historia; pero, al igual que nosotros, lo hacía exagerando u omitiendo algunos pasajes: es inherente a la conquista amorosa el que los participantes se esmeren en pulir y levantar su imagen: el deseo de agradar nos vuelve involuntariamente mentirosos, cada quien enseña sólo su faceta más amable, la más seductora, y es comprensible: sería imprudente, sería insensato, autodestructivo, y patológico hacer gala de una torpe y brutal sinceridad. El enamorado obra de buena fe: la necesidad que siente del otro, lo lleva a creer que el antifaz y a veces hasta el disfraz completo que se pone concuerda con él. Es legítimo, sano y obligatorio que los enamorados se engañen, que se pasan horas frente al espejo corrigiendo sus defectos, que se perfumen y masquen chicle para eliminar malos olores, que

cuiden su apariencia, vigilen su conducta, ajusten su biografía y estrenen los ideales, los gustos e inclusive los sueños que hagan falta.

Obviamente, la máscara que el amor nos obliga a inventar no aguanta las patadas del tiempo, uno no puede pasarse la vida sosteniendo en vilo la pizarra sobre la cual pintó el retrato de un príncipe azul o de una princesa encantadora, los brazos se cansan, la pantalla se cae y un día despertamos con los pelos parados, la cara abotagada y los ojos impudicamente lagañosos. En esos momentos era cuando uno lamentaba no haber sido más cauto, no haber solicitado un curriculum, de perdida, no haber cartas de recomendación y referencia.

Ahora que se ha impuesto en México, de forma obligatoria, entregar a quien se pretende el curriculum vitae amoroso, la vida cambiará hondamente: de toda relación obtendremos una constancia con valor a curriculum; contarán los años de experiencia a partir de la titulación; los cónyuges intercambiarán, según sea el caso, cartas de felicitación por actuaciones excepcionales, por solidaridad y comprensión, o actas recriminatorias por incumplimiento de las obligaciones, por incompetencia profesional, así como lacónicas cartas de puntualidad y asistencia. Quien posea un curriculum amoroso podrá aspirar a un mejor sitio dentro del mundo sentimental, pues aunque en asuntos de amor siempre se toma en cuenta la apariencia física, es posible que por virtud de las constancias se empiece a reparar en otras cualidades - la eficiencia, por ejemplo- para asignar a alguien el puesto de compañero. El curriculum comienza a hacer que la elección de la pareja sea menos ciega, pues, aunque con seguridad comenzará a darse casos de fraude, falsificación y venta de certificados de aptitud erótica, la nueva costumbre nos ubica más allá de ese engaño total que nos caracterizó los comienzos amorosos a lo largo de la historia.

Estoy seguro de que muy pronto todos los países seguirán el ejemplo de México y, por ello, hago desde aquí un llamado a mis antiguas compañeras alcoba, invocando aquellos momentos que, pese a todo, seguramente no habrán olvidado, para que envíen a mi domicilio de siempre las constancias respectivas; yo prometo a vuelta de correo otro tanto: necesito los comprobantes, me urgen para elaborar mi curriculum y estar listo para estos nuevos tiempos que nos han tocado.

MATRIMONIO POR INJERTO

Al margen de lo que piense cada quien acerca de lo efímeros que resultan actualmente los matrimonios, creo - estoy convencido- que deberían repudiarse de manera unánime los métodos quirúrgicos con los que los cirujanos del Sanatorio Siempre Unidos pretenden garantizar la vida de las parejas, pues, por mucho que se juzgue incorrecta la disolución de un matrimonio, no se puede admitir que los cónyuges sean literalmente injertados uno en otro, que se les entrelacen las venas, que se les unan las terminales nerviosas y que de dos organismos autónomos se produzcan en el quirófano un cuerpo siamés, cuyos corazones latan acompasadamente y cuyos aparatos digestivos puedan ser usados, de manera indistinta, para rumiar el bolo alimenticio proveniente de cualquiera de los dos esófagos. ¡No es ésta, ni puede ser ésta la forma de preservar la familia! Y, sin embargo, para muchos jóvenes lo es.

Ya van 78 parejas que se juran amor eterno de esta manera: 156 jóvenes que, convencidos de la futura invariabilidad de sus sentimientos, deciden darse esta prueba de amor y se casan no sólo bajo el régimen de bienes mancomunados, sino que mancomunan sus personas ahora sí hasta la muerte.

No quisiera criticar a las parejas que eligen este tipo de “enlace” pues, como he dicho, son jóvenes y eso explica la radicalidad de sus decisiones dictadas, sin duda, por los arrebatos de amor: a los 20 años cualquier exceso parece insignificante y por amor se está dispuesto a todo; pero los cirujanos que fomentan y hacen posible ese deseo de fusión total, que sueldan huesos, trenzan músculos y pegan, uno por uno, hasta los capilares sanguíneos para integrar en un sólo sistema el flujo de la sangre, son unos criminales. Este calificativo - que comparto sin ninguna restricción lo han usado los padres de una de las 78 parejas: “ Es criminal- aseguraron cuando acudieron a mí para denunciar el caso- que los médicos del Sanatorio Siempre Unidos aprovechen la inocencia y buenos deseos de los jóvenes para inducirlos a una operación de caballo que los deje soldados para toda la vida.”

Y es que según me cuentan: las parejas que van a dicho sanatorio con la intención de que se les hagan los exámenes prenupciales, son atendidos por “consejeros” que agigantan los peligros a que está expuesto el matrimonio y, después, por medio de un convincente audiovisual muestra como único escape al sida, a las infidelidades, a los problemas de los hijos de divorciados, a la soledad de la vejez, el llamado matrimonio por injerto. Algunos - 156 jóvenes hasta hoy- han caído en la trampa, pues los “consejeros” con gran habilidad, los han hecho creer que el auténtico amor exige esta monstruosa prueba.

Es inconcebible que toda la tecnología de los trasplantes y los estudios de la ciclosporina y de las enzimas para evitar el rechazo de los órganos extraños, esté al servicio de estas prácticas antinaturales: fundir dos organismos autónomos, dos individuos que sí bien nunca más podrán separarse, precisamente en eso radicará su desgracia: día y noche, minuto a minuto, “siempre unidos” como dice en su nombre el sanatorio.

El asunto no es, ni siquiera, que la operación involucre un alto riesgo para los novios, tampoco que los cirujanos se estén enriqueciendo, pues, en el fondo el costo es relativamente bajo en todos los sentidos; estamos más bien ante una cuestión de principios, frente a algo en sí mismo

aberrante que atenta contra el más elemental sentido común. Sin embargo, pese a las denuncias, el Sanatorio Siempre Unidos sigue funcionando solapado, según parece, por las autoridades.

CONSEJOS A LOS SOBREVIVIENTES

La prestigiada Asociación Solidaridad con Otros (ASCO), que en días pasados publicó las bases para el XVII Concurso de Suicidas, dio a conocer ayer un documento dirigido a los sobrevivientes de la Tercera Guerra Mundial. El trascendental comunicado, según se informó, fue preparado por el Comité de Prospectiva (COPRO) de dicho organismo, a solicitud expresa de los graves hechos que en las últimas semanas se han depositado en los titulares de los periódicos, y que ya apuntan hacia la catástrofe. El COPRO de ASCO sin demasiado esfuerzo futuroológico y valiéndose de los más rudimentarios y miopes métodos, descubrió en varios escenarios prospectivos, adulterados incluso con las variables más óptimas, que al fin del mundo está a la vuelta de la esquina.

Los distinguidos científicos y humanistas que participaron en el estudio, expusieron sus dudas y preocupaciones sobre el corto destino que, al parecer, resta a todo modo de vida en la Tierra. “Olvídense, afirmó enfático uno de ellos, esto ya no dura... Hemos demostrado matemáticamente que la millonésima parte de la energía atómica contenida en el arsenal confesado de las superpotencias, es capaz de mantener encendido un foco de 100 watts durante 8 trillones de siglos; dos focos de 50 durante 16 trillones de siglos; cuatro focos de 25 durante 36 trillones de siglos y así sucesivamente. Pero como estas armas no se han construido para encender focos, sino para tronarlas a la vez en una ofensiva y contraofensiva instantáneas, el resplandor que va a obtenerse centuplicará el del Sol, haciendo de este planeta un foco que podrá servir de faro a los seres extraterrestres que circunnaveguen por el espacio a una distancia de varios millones de años luz. “Sin embargo, agregó otro analista de COPRO, como la esperanza es lo último que muere, hemos elaborado una serie de consejos y recomendaciones para los posibles sobrevivientes. Confiamos en que el siempre sorprendente ingenio de nuestros compatriotas permita escapar al menos a unos cuantos. Quién quita y el ojo de venado, el amuleto de algún yerbatero, la bolsa de papeles que cubren la espalda del pepenador o una capa hecha a base de corcholatas remachadas o el espesor del smog p las influencias, o meterse debajo de la cama o en un hoyo por la Nezahualcóyotl, o por andar apretujando en el Metro o escondido de los parientes y acreedores, o dentro de un carrazo con guaruras, o refundido en la cárcel o en el fondo de una borrachera o debajo de un montón de jefes ineptos o por estar hundido en la miseria o cubierto de expedientes burocráticos o haciendo cola hasta el final, quién sabe, si el impacto del bombazo no es directo, alguien se salvará”

La entrevista se desarrolló en medio de un creciente rumor formado de risotadas y ruidos espasmódicos como de llanto que servía para acentuar el cuadro apocalíptico de la conferencia de prensa. Cada miembro de ASCO, rodeado por decenas de reporteros, grabadoras y cámaras de televisión, habló sin cesar de los “síntomas del desastre”, las “ojivas nucleares”, “el fracaso de las negociaciones”, “los estragos de un megatón”, hasta que un estertor anunció el inicio de la lectura del prometido documento e impuso el silencio entre los asistentes. Los representantes de la afamada Asociación subieron al presidium y el más serio de todos tomó la palabra:

“Queremos, dijo, que los sobrevivientes de la Tercera Guerra Mundial, si los hay, comiencen su nueva vida con la ayuda de ASCO. Estamos conscientes de los peligros que seguirán amenazandolos, que nos les bastará con haber sorteado la muerte en el breve periodo que dure la guerra, pues la conflagración será peor por sus consecuencias a mediano y largo plazo que por sus resultados inmediatos. Y ya que los esfuerzos en pro de la paz son desatendidos, y ya que la

irracionalidad, la necrofilia y la estupidez más execrable de unos pocos parece haber arrebatado el derecho de la humanidad a vivir, hemos elaborado este sencillo documento que deseamos se difunda, por la utilidad que pudiera llegar a tener..." Aquí se le rompió la voz al expositor, y los que estamos afiliados a ASCO y somos responsables ciudadanos ucrónicos de este país, sentimos el deber ineludible de llevar la opinión pública el texto íntegro de COPRO.

A los sobrevivientes:

1. No se desespere si no encuentra a nadie. Lo más seguro es que usted sea el único que quede en el mundo.
2. Como con seguridad habrá perdido a todos sus seres queridos: no llore irresponsablemente; hágalo en frascos que pueda tapar. Toda gota de agua es vital.
3. Pasada la impresión sentirá hambre, y como no hallará nada con qué saciarla, comience la dieta del autoconsumo: deberá empezar por la mano izquierda si es diestro y por la derecha si es zurdo. No coma usted sus pies, podría necesitarlos todavía para huir.
4. No se rasque, se le pueden infectar las úlceras cancerosas.
5. No abrigue esperanzas cuando por la noche vea un resplandor naranja. No será el brillo de ninguna ciudad, sino una nube radioactiva de efectos peligrosísimos, No la mire.
6. No se aleje mucho del lugar donde se halle, es posible que el mundo esté cortado perpendicularmente o sea tan sólo un asteroide del que se pueda caer.
7. No busque venganza: un movimiento brusco, un golpe más, podrían terminar de romper la resentida fuerza de cohesión de lo que haya quedado del mundo.
8. No tire basura o pedazos de pies por donde ande, en un mundo de total escasez, le podrían hacer falta más tarde.
9. No olvide, si encuentra a un niño o tiene usted la suerte de lograr descendientes, enseñarle la rueda; pero resérvese el $2+2=4$, pues fue la base del conocimiento que produjo las bombas.
10. No eche de menos a nadie, búsquele el lado bueno a la vida y convéznase de que usted es el comienzo de una humanidad nueva, con terribles deformaciones y mutaciones, pero nueva.

ESTABA GUAPÍSIMA

Como salida de las páginas centrales de un Playboy, maquillada y barnizada por unos conos de luz que bajaban del cielo señalándola, y con unos tacones platinados que añadían a su estatura real diez centímetros extra de belleza, la vi pasar delante de mí. Era toda sensualidad y seducción; traía una larga y transparente bufanda de perfume que se me prendió como una argolla de las fosas nasales obligándome a seguirla; avanzaba con un zapateo rítmico que desprendía del pavimento mensaje de amor en clave morse, polvo y chispas. Iba de norte a sur por la Avenida de los Insurgentes, los automovilistas detenían sus carros para mirarla, los transeúntes se quedaban atónitos o se sumaban al séquito de los que marchábamos tras ella, los tragafuegos proyectaban su fuego entre quince y veinte metros soplando a todo pulmón, los limpiaparabrisas apretaban sus botellas de hule lanzando un chorro interminable de agua jabonosa, y en general los vendedores de semáforo dejaban caer estupefactos sus cajas de klínex, sus charolas de muéganos sus bolsitas de chicles, sus monos de peluche, sus rombos amarillos con letreros de “Suegra en la cajuela” o “Me 109 cito”, sus billetes de lotería, sus envoltorios de celofán con morelianas, sus caleidoscopios, sus carretes de hilo, sus alegrías, sus charamuscas, sus papalotes, sus máscaras de Blue Demon, sus llaveros pintores y cuanto dije, juguete o algodón de dulce expedían.

Ella caminaba martirizando la banqueta con sus tacones de aguja, y con el sonido de sus peteneras, punta tacón, me llevaba como un zombi hipnotizado detrás de sus caderas. Qué armonía de movimientos, qué manera de balancear las impurezas de este mundo, qué aplomo para recuperar el paraíso o, por lo menos, qué forma de prometerlo y convencer de su existencia a todos los incrédulos. Aquello era un verdadero acontecimiento, más importante que la firma de los créditos frescos, que las campañas políticas que los masivos emplazamientos a huelga; de hecho el tránsito de esa mujer por Insurgentes estaba produciendo una huelga total de la industria del subempleo y cualquiera hubiera firmado un pacto con el diablo con tal de poseerla. Hombres, mujeres, ancianos y niños la veían pasar e inevitablemente quedaban boquiabiertos: a más de cien maridos vi que sus esposas les cerraban la boca de una bofetada, a más de mil mujeres noté que se les salía una lágrima de envidia que no supieron ocultar a tiempo, muchos cayeron infartados, algunos niños precoces quisieron renunciar a sus madres para irse tras ella, en la cara de los ancianos la nostalgia afloró abriéndose paso entre los barrotes de las arrugas, en el rostro de los adolescentes irrumpía un acné súbito de granos y barritos que les reventaban la piel, en las puertas de los negocios la gente se asomaba para contemplar a aquella mujer que llevaba su belleza como un estandarte capaz de incrementar el turismo en nuestro país.

Hubiera querido alcanzarla, cerrarle el paso y presentarme; le habría dicho: Señorita, permítame hacerle una entrevista, soy reportero ucrónico, su recorrido está conmocionando a la población, mire usted el embotellamiento que ha provocado, voltee, contemple la multitud que la sigue; está paralizando la vida comercial y los servicios a todo lo largo de esta avenida, ya se han defenestrado por lo menos tres personas que se tiraban más allá de lo prudente por las ventanas de unos edificios, ¿qué se propone?, ¿cómo se llama?, ¿puedo acompañarla?, ¿qué va a hacer usted por la tarde, mañana, la próxima semana, toda la vida? La invito a comer, a cenar, a desayunar; le ofrezco un cigarro, un café, una copa, mi mano, mi pie, mis horas favoritas. Hubiera querido cercarla con miles de preguntas, todas por supuesto de corte periodístico y dictadas por mi más estricto

sentido de responsabilidad para con mis lectores; pero cuando por fin me decidí a alcanzarla, de nada me sirvieron mis credenciales de prensa, en cuanto le dirigí la palabra me traicionó mi condición de mexicano y no pude reprimir un “mamaita” que venía desde mis raíces de clase; ella me dirigió a la cara sus cinco dedos ensortijados, más todo el antebrazo cargado de pesadas pulseras y me estampó la palma de la mano con tal fuerza que ya no supe más; supongo que rodé por la acera y me pisotearon sus admiradores, pues cuando desperté, ya de noche, por el hocico húmedo de un perro que me olisqueaba el cuello, me dolían las piernas y las costillas. Solo me queda este recuerdo de las líneas de su mano impresas en mi mejilla, ojalá supiera algo de quiromancia para descifrarlas. Así, mientras escribo esta Ucronía y me aplico compresas frías para disminuir la hinchazón, no puedo dejar de pensar en que se me fue vivo el mejor reportaje de mi carrera periodística.

¡VOLVIÓ DE LA MUERTE!

“Estuve muerto durante treinta días”, declaró en entrevista exclusiva el hombre que más ha conmovido a la opinión pública en las últimas semanas y que fue, como se sabe, el protagonista del sorprendente caso de resucitación que habrá de modificar la mayoría de las creencias religiosas y científicas de nuestro tiempo. También en esta ocasión el revivido se negó a revelar su nombre argumentando, una vez más, que no desea que su familia cobre notoriedad por tan triste suceso. “No quiero ser famoso por este lamentable estado”, dijo señalándose el cuerpo.

“No fue catalepsia”, aseguró el médico, mientras raspaba la región lumbar con una cuchara y desprendía una materia verdosa para depositarla en una cubeta. “No fue catalepsia. Entró en franca descomposición, como puede usted ver, y no tenemos la más mínima hipótesis para determinar por qué ha vuelto a la vida”.

Con los ojos hundidos, los labios negros, despiadado un olor nauseabundo y con la piel cubierta íntegramente por lo que – según se nos informó—eran las úlceras del más extremado nivel de la gangrena, el Lázaro del siglo XX en su cama de la Cruz Roja de Polanco se incorporó: “Estoy vivo”, dijo una voz sin fondo, cuya falta de resonancia descubrimos justificada por la ausencia, a simple vista apreciable, del esófago y la tráquea. “Sí, comentó el médico, el cuello está prácticamente hueco. Tal vez algún roedor se introdujo abriéndole ese boquete que va desde el esternón hasta la mandíbula”.

Tuve que tomar asiento, pues a esa altura de la entrevista, el hedor del hombre se tornó insoportable a causa de los avances quirúrgicos. Desde una silla y respirando a través del algodón impregnado de alcohol que facilitó una enfermera, presencie el resto de la escena: el bisturí era afilado con gran pericia pasándolo por una cinta de cuero de arriba abajo, al modo como los barberos dan filo a sus navajas, y con él el médico iba haciendo certeras incisiones a cada tres o cuatro centímetros. “Resulta inconcebible que esté vivo, dijo. No tiene ningún signo vital. No manifiesta dolor. Mire usted: no sangra—y para confirmar sus palabras apretó los bordes de una herida recién abierta --. La sangre no circula: está coagulada a todo lo largo de las venas”.

Haciendo esfuerzos por reponerme, formulé al resucitado algunas preguntas sobre su vida anterior. Había desempeñado una serie de oficios: vendedor, taxista, auxiliar de contabilidad y, en los últimos años había trabajado en una oficina, haciéndose cargo del archivo y mecanografía de “mi modesta sección”. No tenía vicios: tomaba una o dos copas “muy de vez en cuando”; le gustaba fumar también, de modo esporádico se echaba “una canita al aire” en compañía de sus amigos, asistiendo a “casas de dudosa reputación”. Era “un buen padre de familia con cuatro hijos” entre 9 y 16 años de edad: “Todos en la escuela con buenas calificaciones”. No se interesaba en política ni en religión, “allá de vez en cuando iba a misa o al cine los domingos”. Era aficionado a los pronósticos deportivos, a la lotería y a las rifas, pero pocas veces había sacado reintegro y, en una ocasión unas corbatas.

El resucitado contó la forma como había muerto: “Me venía sintiendo mal y me metí a un lote baldío para volver el estómago. Ahí me dio el infarto del que dicen que me morí. Me quedé ahí, tirado un mes, hasta que solito desperté y me fui a mi casa. Cuando mi mujer me vio, toda asustada me llevo al doctor y luego me trajeron aquí con gran escándalo; pero yo me siento bien. Les juro que me siento bien.”

El médico interrumpió al pobre hombre para enseñarme su nuevo descubrimiento: por una fisura que había abierto sobre el muslo del resucitado salían centenares de larvas que hormigueaban en el interior de la pierna; comenzaron a saltar hacia todas partes asustadas por la luz, desesperadas, perdiéndose entre las cobijas, bajo la cama, por las ranuras del piso o por otras fisuras de la misma carne del paciente.

El resucitado empezó a llorar, al menos eso parecía, pues sus esfuerzos eran infructuosos. “Estoy todo podrido, dijo llevándose las manos a la cara. Quisiera regresar a mi casa, regresar con mis hijos”, gemía y gritaba hasta que el médico me pidió que saliera del cuarto: iba a aplicar un sedante al enfermo. Recargado contra la puerta escuché por un rato las protestas sofocadas y ucrónicas de ese hombre que había revivido para nada.

LA SOCIEDAD PERDIDA

Nuevamente, la sociedad mexicana ha sido víctima del amarillismo que priva en los medios electrónicos de comunicación. En los últimos días, esos medios no han moderado su enfoque histerizante para ofrecer a una opinión pública (cautiva en su domicilio y cada vez más crédula) una noticia que ya en sí misma es motivo de alarma sin que se tenga que exagerar. Me refiero al caso de las 126 ó 127 personas encontradas en estado salvaje en un céntrico lote baldío capitalino, ubicado en la colonia Santa María la Ribera, en la manzana que forman las calles de Alzate, Naranjo, Pino y Ébano.

El hallazgo horroriza, porque revela unos niveles de indiferencia e ineficacia -lo mismo en las autoridades que en la ciudadanía- que hacen pensar que en México puede ocurrir lo peor. Pues ¿cómo es posible que en pleno corazón de la ciudad se descubra, por accidente, tras una barda, un grupo de seres cuasi humanos que carecen de idioma y no han adoptado siquiera la posición erecta; de individuos que desconocen el fuego y que lograron sobrevivir y reproducirse (quién sabe desde cuándo) gracias a un primitivo sistema de colado y apelmazado de los detritos arrastrados por la cañería que atraviesa por dicho terreno?

Sin embargo, por más espeluznante que el caso pueda resultar, no se justifica el tratamiento que la televisión ha dado a esta noticia, pues lejos de limitarse a difundirla de una manera objetiva, se ha dedicado a editorializarla y a lanzar improperios que nos avergüenzan a todos, las que lastiman nuestra imagen ante propios y extraños: ¿qué sentido tienen, por ejemplo, esas tomas de *close up* con las que ilustran los de por sí dramáticos hechos? ¿Qué acaso no es preciso que exista un equilibrio entre el impacto que posee la televisión y su responsabilidad social?

Porque vistas las cosas en frío, nadie es culpable ¿cuantas veces, cualquiera, habrá pasado por las calles mencionadas sin saber, y sobre todo sin estar obligado a saber, que detrás de esa barda de cinco metros se hallaba poco más de un centenar de personas viviendo fuera de la civilización? ¿Cómo haber sospechado que en ese predio, cuyas contribuciones se pagaba puntualmente desde hace más de medio siglo a través de un fideicomiso, que figura registrado a nombre de la señora Dolores López Vda. de Zouté, quien -según informes- murió en 1936, iba a ocultarse talama ignominia? ¿Desde cuándo y con qué propósito fueron encerrados ahí los adanes y las evas que procrearon está nueva tribu semihumana, que ahora se convierte en el foco del interés de antropólogos, psicólogos, psicólogos y filósofos? Ya que esta sociedad perdida surge, de pronto, como un objeto de estudio formidable, como un fenómeno que permitirá a los científicos sociales esclarecer un vasto número de hipótesis acerca de la feralidad.

éste es el ángulo desde el que la televisión debería enfocar a los seres humanos descubiertos y no, insisto, enfatizando la parte deprimente: si estas personas no han tenido contacto con nuestro mundo, es obvio que no van a aparecer vestidas a la última moda y que su conducta va a distar completamente de la que se estila entre nosotros. Nada tiene de raro que sus uñas y cabello hayan crecido hasta destrozarse solos, ni que los reflectores los espanten al grado de volverlos agresivos.

¿Qué ocurrirá con los miembros de la llamada "Sociedad Perdida", ahora que hemos roto su universo, ahora que hay intenciones de integrarlos a la civilización? Los niños seguramente no ofrecerán demasiados problemas para adaptarse; pero ¿y los adultos?, esos hombre y mujeres que

aparentan entre 50 y 60 años de edad, aunque de hecho podrían ser más jóvenes, pues han vivido en condiciones de extremo rigor, ¿qué va a ser de ellos?, ¿se les recluirá nuevamente, sólo que ahora en celdas solitarias, arrancados de su mundo? También en eso deberían de pensar todos aquéllos que consideran una suerte para los salvajes el que se les haya encontrado.

TRASPLANTES DE CEREBROS

Aún cuando suele creerse que la imaginación siempre imita a la realidad, no es menos frecuente que la realidad alcance lo que la imaginación ha soñado miles de veces. Esto es lo que ha pasado con la aprehensión de la banda de médicos y personal paramédico que oficiaba en el Sanatorio Santos de las Lomas. Todos conocemos la historia por las incontables novelas, películas o programas de televisión en los que se efectúan trasplantes de cerebro. Lo asombroso es que ahora, éstos no han ocurrido en la ficción, sino en un hospital ubicado en la avenida Palmas esquina con la calle Sebastián Hegle de nuestra capital.

La ola de jóvenes desaparecidos en colonias populares condujo a la policía hasta las puertas de esta clínica especializada, en apariencia, en atender partos; nacimientos muy distintos se practicaban ahí: ancianos millonarios sin escrúpulos, decrepitos o enfermos, renacían en el cuerpo de un muchacho, estrenando de ese modo una segunda oportunidad de vivir.

Por lo que sí han esclarecido esas cirugías es que la identidad-por no llamarla alma- radica en el cerebro: éste domina, imponiendo en el organismo receptor sus sentimientos, memoria, habilidades, ambiciones, vicios, en suma, todo lo que constituye la individualidad. La microneurocirugía es compleja, pues supone no sólo el empleo de unas cuantas enzimas especiales para contrarrestar el natural rechazo, sino una minuciosísima conexión de las terminales nerviosas que únicamente dos de los cirujanos del Sanatorio Santos de las Lomas eran capaces de realizar: el director y el subdirector, los doctores Ismael Santos Z. y Ezequiel Santos Z.

Un dato no concurda: en los archivos del hospital figuran, aunque en clave cifrada, 873 trasplantes, y son cerca de 17 mil actas levantadas de jóvenes desaparecidos en los últimos tres años, lapso en el que funcionó el referido hospital; sin embargo, al parecer de los médicos de la policía, dicha desproporción puede deberse a que no todos los cuerpos presentan la compatibilidad orgánica que requiere el trasplante, ya que en el 94.3 por ciento de los casos se produce un fuerte rechazo al cuerpo extraño a pesar de las enzimas. Aunque no puede descartarse que tal desproporción obedezca a la probable existencia de otros hospitales en los que también se practiquen estas operaciones.

Un millón de dólares cobraban los doctores Santos por cada trasplante de cerebro, y el interesado era quien debía conseguir el cuerpo del »donador«. En la computadora de la subdirección del sanatorio se encuentran -aunque en clave como hemos dicho- los historiales médicos: 873 archivos en los que se detalla la clase de exámenes que se les practicaron al cliente y al »donador«, la técnica quirúrgica, la evolución preoperatoria, las medicinas recetadas, la fecha de ingreso, intervención y alta. Todos los datos aparecen ahí, salvo los nombres: cada persona, sea anestesista, enfermera, cliente, »donador«, cirujano o ayudante, es representado por un número, y como dato curioso podemos decir que al cruzar la información se descubrió que la mayoría de los trasplantes consistieron en el traslado del cerebro de un viejo al cuerpo de un joven (746); pero también hubo otra clase de cambios: de viejo a jovencita (94), de vieja a jovencito (31) y, los más raros, de joven a viejo (2).

La policía metropolitana detuvo, cuando irrumpió en el sanatorio el pasado 17 de marzo, a 68 personas. El doctor Ismael Santos Z. fue atrapado in fraganti en la sala de operaciones y, al no poder concluir el ya iniciado trasplante, el joven cuyo cuerpo iba a recibir al cerebro intruso, murió.

Hemos hablado con el anciano al que la policía sorprendió en la plancha y alega que él no es un asesino, sino que actuó en defensa propia para conservar su vida.

EL MUNDO DE LOS SUEÑOS

Es intolerable la forma como se ha reprimido el derecho a la información en los últimos meses y vergonzoso el silencio de los medios masivos, que han preferido mantener en secreto ciertos hechos a correr riesgo de ser callados por la fuerza. Sin embargo es necesario, y hoy lo es más que nunca, ofrecer a la opinión pública la versión cabal de lo que ocurre y aclarar ya, de una vez, esa ola de rumores que solo confunden, desorientan e impiden cualquier clase de organización. No es posible ser un periodista decente y colaborar con el silencio impuesto de una manera tan descarada ante un acontecimiento que nos afecta a todos. Tenemos que decirlo -y hacemos responsables a las autoridades correspondientes de nuestra integridad física y moral-, es cierto; las sospechas, que cada cual a su modo va identificando, son correctas: de un tiempo para acá, todos los habitantes del mundo soñamos lo mismo. Esto no significa que deseemos las mismas cosas, sino, literalmente, que un sueño universal se ha generalizado en vez de representar la conocida fuga solitaria en la que cada quien huye a su propia fantasía, el sueño nos reúne en el ámbito de una realidad común donde cada persona desempeña una vida que además de prolongarse noche tras noche, va tejiendo relaciones con los otros. Relaciones sociales montadas en una sociedad distinta: distinta y, sobra decirlo, mejor.

Los seres humanos están mudando su residencia de la vigilia al sueño, y esto ha desencadenado, por parte de quienes poseen algún poder constituido, una furibunda campaña de terror sobre la población. No es extraño presenciar que las fuerzas del orden irrumpen en un camión o en un vagón del Metro y aprehendan con lujo de violencia a quienes van echando un cabeceada o están dormitando. «¡Traidores al género humano!», gritan los enfurecidos policías, mientras comprueban la dureza de sus macanas en los hombros de los soñolientos. En hoteles de paso, en salas de espera, en parques, en cines y hasta en las aulas escolares, se tiene que soportar la presencia de los uniformados con su vigilancia escrutadora y su brutal consigna que prohíbe cerrar los ojos. Y acerca de esta presión, ¿qué han dichos los periódicos o los noticieros televisivos? Nada.

No obstante, es indispensable denunciar los móviles de quienes están en el poder; las razones por las que han convertido el sueño en uno de los peores delitos, y las causas de ese castigo irracional e indiscriminado que se propina a los que duermen. Se trata de lo de siempre: los poderosos no están dispuestos a perder sus privilegios, sus posesiones ni sus puestos de mando, y en el *Sueño*, en el sueño colectivo de la población mundial, en esa realidad hecha con capas de gasa y humo compacto que entre todos los habitantes de este globo hemos edificado, ni los burgueses ni los gobernantes tiene un lugar especial. Unos y otros pueden, si quieren, seguir presentando sus papeles, pero en obras de teatro o en museos oníricos donde sus gestos, su riqueza y sus decisiones son aceptados, porque, finalmente, forman parte de la utilería de los sueños que no impresionan a nadie.

Esta salvaje cacería de soñadores no ocurre solamente en México, en el orbe entero las fuerzas políticas arrestan, desaparecen o torturan a los «infractores». Cada día los interesados en mantener la hegemonía de la parte de la vida que constituye la vigilia, obligan a consumir píldoras que producen insomnio, incendian fábricas de colchones, y los países más desarrollados patrocinan investigaciones de ingeniería genética, no ya para descubrir las células cerebrales de la inconformidad, sino para que se intervenga en la estructura del ADN y se suprima el sueño. La brutalidad ha llegado en algunas regiones a grados verdaderamente alarmantes: quinceañeras que

sueñan con su príncipe azul son despertadas a bofetadas; estudiantes de leyes que sueñan en la presidencia, son vueltos a este mundo por la simiesca y masiva agresión de los porros; los megalómanos que están embelesados con algún sueño de grandeza, son arrojados al suelo y pisoteados; se considera sospechoso de disolución social a cualquiera que es hallado bostezando; a los sonámbulos se les convierte bajo golpes y amenazas en soplones y traidores, y a los ojerosos, en cambio, se les premia con cuantiosos favores que siguen desvelándolos.

Frente a esta indignante situación internacional, y a pesar del peligro que pueda traernos, hacemos un llamado a todas las organizaciones democráticas, a los anarquistas independientes y al pueblo todo, para que juntos defendamos el derecho a desertar del mundo de la vigilia y para que cese la represión contra quienes no cometen otro delito que mudar su residencia a los sueños. ¿Por qué impedir que esa realidad se reconozca como la más verdadera?